

chable. Había creído entrar en una urna de oro, tantas pinturas había en los muros, ricas y luminosas, magníficamente encuadradas. Azules delicados y rosas marchitas le quedaron también en la memoria, así como una fantástica colección de estampas, muebles, telas y vidrios pintados. En medio de estas maravillas, un vieja dama de ojos dulces—la madre de Schorel—hacia los honores de la casa con una buena gracia sonriente.

Vestia de negro, pero llevaba alrededor del cuello una gola enyesada muy blanca, y en la cabeza un bonete de encajes blanco y de un trabajo ligerísimo. Innumerables arrugas y hoyuelos en su redonda cara añadían rasgos de bondad á su bondad natural. Schorel la besaba, reía, saltaba, enseñaba sus tapicerías, sus grabados, sus cuadros, y una discusión comenzó entre él y Fischart con motivo de Lucas de Leyod. Shakespeare distingue la alta silueta de Vilonbralés y la mirada con que éste seguía las peripecias de la violación de su mujer por Guzman. El dorado de la casa de Schorel se cambiaba en un rayo de sol español. Las telas hacían muecas como si hubieran sido concebidas por el frenesí de un celoso. La misma madre de Schorel era por él asimilada á una de esas dueñas que transmiten los billetes culpables y se acercan á los jóvenes en las calles.

Cuando Shakespeare le habló á Fischart de los celos, el libelista le replicó:

—Querido, no hay sentimiento ineludible. Creo que uno puede curarse de todo por un esfuerzo moral. Por eso la sára es buena. He encontrado todas las pasiones humanas como emboscadas, combatidas y reducidas. He sido atrozmente celoso. Me he salvado por el orgullo. Su exaltación deseca tanto el corazón, que toda palpitación es casi ridícula. Yo estaba casado y vituperaba ya contra los católicos. Mi mujer pertenecía á una familia célebre de Alemania, y en eso fundaba su vanidad. Aconsejada por un suegro pillo, ladrón é incestuoso, que no había consentido en ese matrimonio más que para explotar mi juventud, mi verbo y la fortuna de su nuera, trató de impedirme escribir. Yo estaba muy enamorado y era celo-

co como Vulcano. Pero desde las primeras injurias que me dirigió respecto de mi talento y cuando me convencí bien de su bestialidad, mi desprecio me separó de ella para siempre. Por cólera y orgullo he sido el libelista que conocéis, y bendigo esta efímera unión que ha estirado mis nervios de satírico y acorazado mi alma. Si hubiera seguido siendo lírico, hubiera sufrido torturas infernales. Mis ravos, cambiados en armas de guerra, y mi fuerza, al servicio del odio y de la justicia, me han libertado de las cadenas ardientes. Tan cierto es que por el examen de nosotros mismos llegamos á lo inaccesible. En cada individuo, la trama de la pasión tiene su forma y su color, y así como la farfantería, determina el uso en que la empleará el destino. Ese Vilonbralés era un desesperado y un furioso. Pero si hubiera sido mejor pintor, hubiera escapado á la carnicería.

Poco tiempo después, pudo notar William cuánto se pliegan los acontecimientos á las preocupaciones de nuestro espíritu. Después de una vinosa noche de «El Fanal Rojo,» los convidados del tío Doelen se esparcieron por las calles oscuras de Amsterdam, unos saltando y llamando á las puertas, otros confesándose con lágrimas y declaraciones de amistad eterna; otros continuando con lengua embrollada la discusión artística. Fischart afirmaba estar pronto á perdonar á sus enemigos si consentían en arrepentirse y llegar hasta él con un cirio en la mano y una cuerda al cuello. Shakespeare, del brazo con un camarada indistinto, componía un elogio de la embriaguez.

—Ah! que humanidad existiría, querido, si todos pudiéramos borrachos y estuviéramos borrachos hasta la muerte. El parterre de todos los goces lícitos é ilícitos, delicados y grosero, aulladores y silenciosos, el gozo del guerrero, el del poeta y del ladrón, del el pastor y el del enamorado, y por el prodigio de las cosechas, las naturalezas exaltadas hasta su punto definitivo, tantas bellezas en el idiota como en el genio, la profusión de un regio entusiasmo. Acaso no sientes en este minuto qué pobre y bajo empleo hacemos en ayunas de esa noble trama que los dioses han tejido con las esencias más diversas? ¿Acaso no se agitan en ti una hornaza de demonios ri-

sueños de los cuales cada uno te designa un placer descuidado, un gozo inexplorado ó echado á perder, una sublime necesidad? Voy á decirte un secreto, pero guárdatelo, porque se mancharía corriendo por el mundo. Hace una semana que sólo pienso en los celos. Es una faz de mi carácter. Entre el orbellino de las cosas persigo siempre una idea. Pues bien, cuando no estoy borracho esta idea es apagada é insulsa. No tiene ramificaciones. Permanece aquí, como un guijarro redondo y la vuelvo y revuelvo sin descubrir en ella una partícula de oro. En seguida que la toca un vaso de vino se abri-lanta. Se abren grietas en mi cerebro. El hijo de la piedra y^o de la planta se transforma en padre para el animal que es Shakespeare. El sutil trayecto de los celos se ilumina y veo claramente que es el pasaje orgulloso del amor á esa necesidad de destrucción que yace en el fondo de toda sensualidad. Comprendes eso, mi delicioso? Los sentimientos tienen que morir. Su persistencia traería la locura y los sabios llaman á la embriaguez una insanidad porque quita la brida á las fuerzas vitales. ¿Pero hay algo más delicioso que trazar el dibujo de si mismo?

El grupo llegaba á una larga calle paralela al puerto. William se aturdió ante la profusión súbita de las luces. Distinguía, en saltos de fuego que emanaban de muchas tabernas, la alta silueta de Schorel, la masa de Bevernig, y oía el timbre chillón de Fischart. Sin explicarse la causa, su admiración por Plutarco tomó un carácter agudo y se puso á suponer que Plutarco marchaba á su lado, que conversaban y que el autor de las *Vidas de los nobles griegos y romanos* no cesaba de preguntarle sobre sus hábitos, sus costumbres, sus relaciones, su familia, preparando su biografía. Tenía una manera extraña de *documentarse*, porque se fijaba en los más insignificantes detalles y parecía descuidar lo principal. De pronto una observación explosiva, probaba que había tocado al fondo del carácter.

El hormigueo de las luces aumentó. Marineros y mujeres salían y se daban de golpes. Fischart, con su espada, de plano medio deslomó á un robusto moro que huyó aullando.

Codeábanse con arrogantes borrachos y soldados que sin respeto á esos jóvenes señores les rozaban, les palpaban los brazos y los hombros, se reían malévolamente. . . Y uno de ellos, con gran tumulto, agitaba un bote de estaño que acababa de robar, y se manchaba de líquido. El sonido del pifano rayó el aire fétido. Un grupo de aldeanos que habían ido á la ciudad para celebrar algún aniversario pasó, precedido de la música, con noble continente, las viejas de brazo de los viejos y muy graves. No respondieron á las guasas y la alegría quedó entre ellos. Al atravesar los aldeanos las zonas iluminadas el poeta distinguió sus magníficos trajes los bordados y las tocas de oro y sintió un vivo respeto por esas creaas sencillas, esos corazones simples, sobre los cuales el vicio no había pasado. En seguida notó que no estaba él al lado de sus compañeros. Unas cuantas mujeres le rodeaban. Signió á una de ellas, vieja y triste, quien le condujo largo tiempo, muy largo tiempo por malecones siniestros, puentecitos que gritaban bajo las pisadas y callejuelas informes—hasta una casuca. Comenzaba á llover,—lluvia tibia. Entraron. Shakespeare, muerto de fatiga, se extendió sobre un infecto gergon:

—¿No haces nada?

—No.

—No eres como esos capitanes marinos cargados de aceite que pasan toda la noche sobre un cadáver.

Y como, despertase por esa frase él la interrogase sobre su oficio sus aventuras y sobre los celos, le respondió ella que nunca había sentido celos de nada. No conocía más que el hambre, la sed y el frío. La casuca era oscura. La débil voz cascada llegaba á los oídos del poeta á través del enervamiento de la velada y los confusos vapores de la embriaguez. Le habló de amor; la mujer se estremeció y rompió á llorar. Y hasta el amanecer le estuvo el contando extrañas historias en donde reyes se casaban con mendigas y para lavarlas de sus manchas, las hacían vivir tres meses entre flores. Ella le escuchaba avidamente. Su miserable cara livida se coloró de un poco de vida.

—En esas almas en donde todo parece muerto, subsiste

una chispa. Ah! tristes ciudades saqueadas! Bajo las ruinas gira una boca lodosa. Para eso servirá el poeta: que descienda a los corazones perdidos, que sacuda la antorcha dichosa y que haga surgir fantasmas. Los que van vestidos de pieles y se razon no quieren creer que son los mismos, y de allí, sin embargo, saltará la fiereza, ¡Que los que son feos se crean bellos; todos hacia el porvenir, abiertos los brazos, á fin de recibir el beso que fecunda!

Van Beverningk había invitado á una reunión en su casa á sus amigos. Vivía en un alto caserón gris en la confluencia de los canales. Después de una vasta escalera de marmol y muchos vestibulos ornados de armazones, Shakespeare, Schorel y Fischart penetraron en un salón lujosísimo. Tapicerías de azabache blanco y oro, representando apólogos se reflejaban en la luz por grandes superficies moareadas y esa misma luz caía en arañas de vidrios de colores y de candelabros de plata de doce ramas. Tapices de un matiz estinguido, de un rosa tierno y de un amarillo muerto, soportaban muebles de encrustaciones de marfil, de estaño y laca. Cada uno de ellos era un pequeño monumento, calado, cincelado, flanqueado de esbeltas columnitas y coronadas por un verdadero encaje de madera. Los espejos y las piezas de orfebrería eran innumerables, así como los cuadros, paisajes, naturalezas muertas ó retratos de antepasados, que todos habían ejercido funciones honoríficas. En medio de esos esplendores estaban sentadas muchas personas distinguidas, viejos señores de caras todavía frescas, regentes de hospital de serias caras y regentes de arrugas bondadosas. Pero las miradas de Shakespeare contemplaron en seguida á la mujer de Beverningk cuya triste historia conocía y que formaba con su final esposo el mayor contraste. Porque estaba perpetuamente enferma, medio acostada en un ancho sillón, inclinada la cabeza sobre un brazo y este brazo, desnudo hasta el codo, estendido sobre un cojín bordado, mientras que la otra mano fría y descolorida se extendía alargada y colgando. Tenía una cara tristemente dolerosa, grandes ojos negros y húmedos que parecían implorar, una languidez de facciones esquisitas, y cuando hablaba su

voz era un delicado cristal. El menor movimiento la hacia sufrir cruelmente. Llevaba un collar de perlas alrededor de su flaco cuello, corpiño de raso azul con botones de diamantes, guarnecido de pieles blancas, un traje de raso malva de grandes pliegues bajo el cual se adivinaba la gracilidad de su pobre cuerpo. Acojió á sus invitados con una sonrisa de la cual Shakespeare se conmovió porque significaba: «Ya lo veis; aun soy bella y muy buena. Pero compadecedme, porque durante poco tiempo os daré lástima.» Sus miradas se iluminaban al terminar cuando caían sobre Van Beverningk, grueso niño venturoso en quien la salud tenía gran arrogancia. A veces un hombre negro y solemne se acercaba á ella y le decia algunas palabras en voz baja. Ella sacudía melancólicamente la cabeza. Era su médico, que no la abandonaba y vigilaba las fases de su lenta agonía. Shorel la felicitaba por su traje.

—Los pliegues de vuestra saya, señora, son en sí una obra de arte. Esos rigidos pliegues sombreados, el curioso aspecto del raso, los huecos, los relieves y el reflejo plateado de las bujías hubieran parecido de Alberto Durero. Las bellas telas tienen su vida especial, en el reposo como ahora, ó animadas por la gracia del gesto.

Ella murmuró:

—Me agradais porque sois ruidoso. Temo que esta noche resulte hosca con tantos viejos.

En efecto, los otros asistentes allí, conversaban poco ó de una manera imperceptible, y flotaba sobre todos esos viejos como un olorillo de muerte. Fischart habia comenzado á entablar conversación con un honrado filósofo á quien asombraba el *verbo* satirico del libelista. Van Beverningk hacia esfuerzos para disipar el ambiente de malestar, pero sus robustas guasas se cuajaban en el silencio. Shakespeare estaba fascinado por la enferma. Fué para él como una admirable joya de carne, ennoblecida por un fin próximo, iluminada por todas las penas y algunas ilusiones últimas. Se sintió enamorado de ella. El gran vientre de Beverningk le indignaba. Una dama blanda se puso al clave, las notas débiles y melodiosas sombrearon de fiebre el azlu de los bellos ojos adoloridos é

hicieron salir el alma á la superficie. Un poco de rosa animó los pómulos.

—Oh mi adorada de largas pestañas, de dedos demasiado delgados, de tez de marfil, si yo te tuviese estrechada contra mi corazón, quizás no te deslizarías fuera del mundo. Yo procuraría, con mis besos, hacer que de nuevo floreciera tu boca, plegada por la amarga anticipación de la muerte, y hacer que tu cuerpo durara. ¡Cuán peligrosa y tentadora es esta música! Atrae hacia los sueños negros, lejos de los dorados y de las muelles telas, y se evade uno en ella como sobre una barca fatal, entre encajes, tapices, bordados y arrugas de viejos apacibles.

Oyó un débil cuchicheo:

—Señor, sois poeta. ¿No nos recitareis algunos versos?

Y añadió:

—Amo tanto los versos! Con pocas palabras expresan cosas inasequibles.

—Ah, señora! Hay finuras que no puede expresar ninguna estrofa. Por ejemplo: la idea de que un amor hubiese podido extasiar dos destinos que se han encontrado demasiado tarde.

—Sin duda los más dulces misterios quedan en el estado de misterios, y cada uno lleva en si su poema secreto que no canta más que para él solo.

—El vuestro se llamará curación.

—Los supervivientes le darán ese título. Porque se miente, con gusto, sobre las tumbas. Mi belleza se mirará muy pronto en un sudario

Entró un loco, dando saltos, cara convulsionada por las muecas, boca muy abierta, bonete de través y cabellos flotantes. Tenía apretada contra su jubón de seda amarilla, su guitarra de la que sacó sonidos fantásticos que acompañaba de golpecitos sobre la madera sonora y de gritos roncós. Schorel y Fischart le interpellaron. El les contestó, insolente. Los criados trajeron grandes bandejas cargadas de carnes y botellas y Van Beverningk se frotó las manos, porque la alegría entraba por fin en su cuarto.

A pesar de las súplicas de Schorel y de Doelen, Fischart y Shakespeare resolvieron irse de Amsterdam el 25 de Septiembre. Fueron á la Frisa, después á Alemania, hasta Hamburgo, donde se separarian, porque William quería ir hacia los reinos del Norte, de los cuales había oído alabar las frias maravillas y donde esperaba descubrir su naturaleza.

La víspera de aquel día hubo un banquete de adios en el taller del joven Cornelis Cornelisz. Bajo gigantescos bocetos de matanzas y batallas (el anfitrión, según sus amigos, tenía en los ojos una berruga monstruosa) los cubiletes se entrechocaban. Brindis numerosos y desconcertadores fueron dirigidos á los viajeros. Un gran arcabucero, algo ébrio, les propuso acompañarlos hasta la frontera de Westfalia, á fin de velar por sus existencias. Cada cuál les daba consejos que Fischart aceptaba, riendo. Shakespeare temblaba de gozo á la idea de los paisajes, de los seres y de las circunstancias desconocidas que se preparaban para él en esas comarcas tumultuosas, porque el porvenir se modela al deseo; hay momentos de desquite en que el *espíritu* conduce al mundo. En el trayecto de Rouvres á Rotterdam había aprendido la movilidad y el movimiento del mar se había grabado en su imaginación. En el mismo Rotterdam, había conocido el odio y dos ó tres formas de amor y de piedad que no sospechaba.

La travesía de Delft, de Leyde y de Harlem le había enseñado la venganza y la fuerza de los monumentos las ruinas. Amsterdam era la revelación de un arte sublime en donde el hombre encerraría la naturaleza. Y más allá de esas adquisiciones sucesivas, atestiguaba con gozo su energía sensible, de tal modo, que antes de formular un juicio comenzaba por estremecerse. Antes jugaba con las abstracciones. Era una tendencia de su carácter generalizar rápidamente y luego dramatizar las ideas. Hoy, por el movimiento continuo de los nervios, la vida material recobraba sus derechos.

Partir de una sensación simple, y acabar por conmoverse es el secreto de la poesía. En aquel minuto, observaba la marcha pintoresca que ofrecía la mesa de Cornelisz. Guardias cívicos, soldados ruidosos y fanfarrones, artistas de edades muy

diversas discutiendo sus teorías y los recursos de su oficio. Se llevaba para siempre en sus miradas el pacto de la buena carne y de la inteligencia que valía para toda la Holanda: carne y sueños y la tierra presa de los molinos. Como en la primera comida en casa de Doleen, hallaba al rededor de ese banquete las principales actitudes humanas. ¿Qué es una corporación, sino un haz de temperamentos, el conjunto de todos los recursos que ofrecen la sangre, la bilis y los nervios? ¿Es necesaria la calma? Tomad por jefe ese flaco capitán de mejillas amarillas, de gran nariz y de espesas cejas. Madurará largo tiempo el proyecto. Este se adivina en la manera que tiene de comer, en la precisión mesurada de sus gestos. ¿Es necesaria la violencia? Tomad á ese, de ojos á flor de cabeza y que vacía, vaso tras vaso, la boca aun llena y el puño hacia adelante. ¿Es necesario la socarronería? Dirijios á un joven que no se ha quitado la coraza y tiene la cara lejos de las luces, en una negra sonrisa semioculta.

Se hablaba de las vocaciones. Los militares, desde sus más jóvenes, años no pensaban más que en las hazañas de sus padres y el redoble de los tambores les hacía llorar. Uno de ellos, de tez aceitunada, de sombrero oscuro y chupa de cuero amarillo fué á buscar en un rincón del taller una bandera azul y la agitó por encima de los convidados, gritando:

—¡Esta me ha dado el amor de la patria! Una bandera que testalla á todos los vientos en la cima de un baluarte, en los brazos de un guerrero, que reúne á los valerosos, que pasa de mano en mano y persiste por encima de los cadáveres.... ¿Hay algo más bello?

Su exaltación fué contagiosa. Los ojos se encendieron. Todos creyeron que subía al asalto. Allí estaban los pintores Hendick Goltzius, Dirck, Lastman, Steenwick y Rauwaerts, los arquitectos de Vries y de Key. Contaron sucesivamente sus comienzos, sus primeras impresiones, y cómo el estupor de los que les rodeaban había sido por mucho en su desenvolvimiento.

—Mi padre,—dijo Lieven de Key—era un pobre picapedrero. Desde que comencé á reunir guijarros en forma de casas,

á cimentarlos y pulir los ángulos, cayó en un exceso de admiración al cual debo mi modesto talento. Suspiraba, llamaba á mi madre y los dos seguían mi trabajo con ojos que me trasportaban. Evoco aquellas miradas tan conmovedoras cuando trazo el plano de un ayuntamiento ó de una catedral. Me animan, me guían, me conducen á la verdad, porque comienzo siempre por concebir palacios extraordinarios, monumentos imposibles y no vuelvo á lo real más que por una serie de restricciones. Y este vicio de la fantasía data de mis comienzos, de una colección de grabados fantásticos, cuyo título ya no recuerdo y que hojeaba antes de dormirme.

De Vries había sido sorprendido por una visita á la torre de Utrecht, cuya gruesa campana no suena más que cuando la muerte de los reyes:

—Yo quería construir una torre semejante y habitar en la cima. Me parecía que entonces sería superior á todos por mi situación aérea y por mi papel de anunciador trágico.

—Pues yo—exclamó Cornelisz—podría precisar la hora, el momento en que he sentido el amor del arte abrir en mi sus alas como un gran pájaro. Fué durante el sitio de Harlem. La angustia y el terror envolvían la ciudad. Mis padres, que se habían ido á viajar, me habían confiado al pintor Pieter Aartsen. Este trabajaba entonces en un cuadro: el Bautismo de la Virgen. Un día, mientras preparaba sus colores, á la luz de las ventanas completamente abiertas, se oía fuera el ruido de la mosquetería y tuve la impresión de deseo irresistible que nos procura la vista de una admirable mujer hacia la época en que nuestra sensualidad se despierta. Caí estupefacto, de rodillas ante Pieter Aartsen estupefacto: «Maestro, enséñame esos maravillosos contornos, el arte de variar los tonos y de crear seres con ayuda de un pincel.» Mi acento fué tan dramático que el buen hombre sonrió y ya sabéis que las circunstancias no se prestaban á la alegría. Era un visionario y un sabio. Me puso en los dedos el noble instrumento que ya no abandonaré más.

—El que es tocado por los dioses de esa manera tan notable, no puede menos que ilustrar su raza—afirmó sentencio-

samente Fischart.—Pero muchos héroes tuvieron una revelación lenta de su destino y el parto laborioso ha producido muchas veces machos.

—Esa distinción entre los precoces y tardíos fué marcada cuidadosamente por Plutarco.

Y Shakespeare se lanzó en una teoría aventurada. Además solo pensaba en sí mismo. El problema de los orígenes le apasionaba; la ausencia en él de esas iniciaciones bruscas, de esos relámpagos iluminando la fuerza lírica que se ignora á sí propia, le inquietaba, haciéndole dudar de su orgullo. No había notado nunca otra cosa que su excelente memoria, la firmeza cada vez más aguda de sus emociones, la facultad de entrar profundamente en diversos personajes. ¿Eso bastaría para rivalizar con Virgilio, Ovidio, Platón, los más célebres?

Cuando los concurrentes se separaron, Fischart y William acompañaron á Schorel á quien el cuadro descubierto del judío tentaba, por lo visto, demasiado, y que había hecho el sacrificio de sus cien florines. El trayecto fué hosco. Schorel estaba triste de la partida de sus dos amigos y estos, por supuesto, soportaban apenas la idea de no ver más esa bella barba blanca, de no oír esa voz elocuente. El libelista se consolaba gracias á sus aforismos:

—Hay que considerarlo todo bajo el aspecto de lo transitorio. La amistad debe ser más querida desde que sabemos ser tan breve. ¡En el recuerdo, querido amigo, por el recuerdo, y para el recuerdo! Vereis el singular hombrecito oscuro y ruidoso que seré en el horizonte de vuestra memoria.

Pero esas palabras irónicas no respondían á lo que su corazón sentía. Shakespeare le dijo:

—¿Por qué bromeáis, Fischart, y usáis ese tono amargo? Amo á Schorel y le amais. Había despertado en nosotros visioes que van ahora á borrarse.

Por segunda vez atravesaron el Ghetto y treparon la sordida escalera de Rabbas. Se oyó el ruido de una disputa. Hallaron al judío y su mujer en las actitudes de la cólera más violenta, él con la cara contraída por su asqueroso rictus y amezlazándola con un dedo que temblaba al extremo de sus mangas

grasientas; ella temblorosa bajo sus harapos de oro, altanera la cabeza y la boca hinchada de injurias. El impasible Mazaltob consideraba, con los brazos cruzados la escena, con expresión de desprecio.

—Me ha robado, señores; malvada, abominable, traidoramente y este es su cómplice.

Rabbas se ahogaba de indignación.

—Mi más bello diamante, de un agua incomparable, la pieza capital de mi tienda. Soy un pobre. Me lo han cojido todo y sostienen que lo he perdido. ¡Perdido! ¡Un diamante como ese! Cuando yo velo sobre mis joyas como el ciego sobre su perro, la gallina sobre sus polluelos, el príncipe sobre su tesoro.....

—Está loco—gritaba Sarah—completamente loco. Tiene tantos escondijos que ya no sabe donde están. No te acerques, canalla, ó te arranco con mis uñas los ojos.

—¡Pedazo de pié podrido!—gruñía Mazaltob.

—Os denunciaré á los dos á la policía, infames ladrones. Ella y él; él como español, y ya sabéis lo que se les hace á los españoles. Se les cuelga ó se les corta la cabeza.....

—Cabeza rellena de.....

—Me burlo de vuestra jerga. No me dais miedo. ¡Un diamante! ¡Abusar así de un desgraciado! Traicionar la hospitalidad sagrada! ¡Un diamante! ¡Señores, he alojado y alimentado al pillo ese! Sin mí estaría ahora sobre un estercolero, su verdadero citio. Sois testigos.sois testigos de sus injurias, de su cinismo.

Bailaba de rabia, de una manera cómica pero no se atrevía á acercarse á Mazaltob.

Los tres compañeros no intervenían y Schorel olvidaba el objeto de su visita. El judío continuaba sus invectivas y sus súplicas, cuando de pronto Sarah tuvo un movimiento magnífico de odio. Se arrojó sobre Mazaltob y le besó frenética, se arrojó á él, rodando en sus brazos robustos. Sus cabellos negros se desataron fuera del turbante rojo sobre los hombros carnosos.

—Es mi amante, mi rey, y tu eres un perro. Lo que conta-

ré á todos es que soy vuestra hija, que no me habeis respetado, que me habeis manchado, vil sucio, inmundo. . . . Si, he robado ese diamante! . . . Si, y robaré otros. Joyas, muchas joyas para pagar mi vergüenza. . . . abrázame, bésame! Te amo. . . . te amo. . . . ¡Te amo! Id avisar la á policia. ¡Os mataremos esta noche y patearemos tu aborrecido cadáver!

A estas bruscas revelaciones, Rabbas palideció. Dió algunos pasos hacia ella, sacó del bolsillo un puñal, lo volvió á la vaina, sonrió como un demonio y salió del cuarto á reculones, estendido el puño y plegado en dos el cuerpo.

—Es quizás nuestra muerte, pero has tenido razón mi vida.

Y Mazaltob, alzando los ojos al cielo, acarició á su audaz querida cuyo seno tenia un ritmo mezclado de extásis y furor.

—¡Abusar de su hija, señores! ¿Hay algo más degradante? Es toda suspiros. Calmate, luz de mis ojos. Vamos á vender las pedrerías y á huir en una barca, á mi pais, que está cargado de sol, de héroes, de riquezas, en donde habitarás un palacio digno de tu cuerpo espléndido. Adios, señores, abandonamos la ciudad.

Se atusó el bigote, saludó caballerescamente, y dirigiéndose á Schorel:

—Deseábais mi cuadro; os lo dejo. Que él os recuerda un par de amantes dignos de conmover excelentes corazones. Deseadnos buena suerte y ¡por Cristo! En camino!

V:

Por última vez se volvieron Shakespeare, Fischart y Schorel por la llanura en donde se estancaban las bandas de oro de los canales y en donde un rayo de sol—uno solo—salpicaba su barba blanca (grande todavía.) Con gesto amplio designando el horizonte rojo y rosado, les gritó con su voz cascada.

—¿Es bello, verdad? ¿Conmovedor? ¡Adios, amigos que desapareceis en la luz.

El poeta dijo á su compañero:

—Este fué amasado de alegría y vigor. Como vos tenéis el amor de la humanidad, él tuvo el de la naturaleza. Y nos separamos de él como debemos separarnos, por el espléndido intervalo del otoño.

Fischart, que por una especie de pudor disimulaba gustoso su sensibilidad, replicó:

—Es un noble espíritu. Siento que el viejo puerco de Doelen haya sido sumergido en la orgía hasta el momento de nuestra partida. Será así para mí una de las mas pintorescas figuras de Amsterdam.

Marchaban aprisa y regularmente. Wiliam, además de su alforja llevaba una espada que le habia aconsejado comprar el libelista. Marchaban á los recientes recuerdos los espectá-